

Crónica de la luz *

Resulta difícil enredilar y ordenar el desmandado entusiasmo que en mi ánimo provocan las fotografías y el prólogo de este libro que en mis manos he tenido gozosamente durante horas y horas: *Crónica de la luz*.

Su autor, Publio López Mondéjar, había dado ya hace algún tiempo cumplida muestra de su inteligencia, de su sabiduría, y, lo que es más importante, del soplo poético que hincha su vela y le hace surcar con iluminada pujanza este mar muerto que entre nosotros es, con harta frecuencia, el ámbito de la cultura (si por cultura entendemos, como yo entiendo, una actividad que viene de la vida dando a su vez vida, y no la Cultura académica, de cartón piedra, emanación de lo de Arriba, de las desvividas y desvientes alturas del Estado), con la publicación de otro extraordinario libro: *Retratos de la vida*, el cual recoge, entre otras, las fotografías de un admirable maestro albaceteño: Luis Escobar.

Pero si *Retratos de la vida* (con cuyos materiales se hizo una bella exposición creo recordar que en la Galería Redor, de Madrid) es una obra hermosa e importante, pienso que su hermosura e importancia palidecen ante las de esta *Crónica de la luz*, que ahora no es sólo que vea la luz, sino que la arroja sobre amplias zonas de vacío y de sombra en los dominios del arte de la fotografía en España, iluminándolas.

Afortunadamente, López Mondéjar se ha extendido considerablemente más en el texto que hace preceder a la muestra fotográfica de lo que lo hiciera en *Retratos de la vida*, y digo que afortunadamente porque el discurso del autor es precioso, no sólo como documento erudito y valiosa aportación de datos, sino por la fuerza elucidadora que proviene de su profunda y amorosa comprensión del objeto tratado, de su materia y de su signo, de su sentido inmediato y de su transentido poético. Es un texto que rezuma, a un tiempo, amargor y lirismo, lucidez y amor, confianza y rabia.

La Mancha fue siempre para mí tierra de paso, tierra que, en vez de quedarme en ella, se quedó ella en mí, dentro de mí como sólo la música —una música— o la fotografía —una fotografía— puede quedarse en un corazón, paralizándolo sin matarlo. Casi ningún otro lugar cumple mejor las connotaciones de la noción de «país» como La Mancha. Más aún, La Mancha es todo un mundo. Pero un mundo, por desdicha, sepultado bajo aludes de miserable retórica culturalista, de la que ese altísimo espíritu, ese genio de los genios que es Cervantes, si no culpable —¡eso nunca!— sí, al menos, es causante. Agudamente señala López Mondéjar: «Tópico sobre tópicos, la cultura de nuestros burgueses ilustrados iba anegando la realidad de una tierra sepultada siempre por los lugares comunes.»

Sin embargo, los fotógrafos manchegos de cuya obra recoge el autor de *Crónica de la luz* muestras en algunos casos bellísimas y siempre emocionantes, supieron salvar a La Mancha del tópico y el lugar común, acaso sin proponérselo, quizá justamente porque no se propusieron nada, literalmente *nada* al abrir el obturador de sus cámaras para que la luz se trocara en lo que es: vida, palpito, negación de la muerte. Sin tan

* PUBLIO LÓPEZ MONDÉJAR: *Crónica de la luz*. Ediciones El Viso/Fundación Cultural de Castilla-La Mancha, 1984.



Anónimo. El ciego «Carranaca», cantor de coplas. Tomelloso, hacia 1915